



Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero Don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre *El Caballero de la Triste Figura*." Á esta sazón ya se habia puesto Don Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos descajados y vista turbada á la que Sancho llamaba *reina y señora*; y, como no descubria en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante á su compañera; pero, rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo: "Apártense nora en tal del camino, y déjenmos pasar, que vamos de priesa." Á lo que respondió Sancho: "¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿cómo vuestro magnánimo corazon no se entenece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería?" Oyendo lo cual otra de las dos, dijo: "¡Mas jo, que te estrego, burra de mi suegro! mirad con qué se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas, como ellos: vayan su camino, é déjenmos hacer el nueso, y serles há sano.— Levántate, Sancho, dijo á este punto Don Quijote; que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por dónde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazon que te adora! ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos, y no para otros, ha mudado y trasformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver, en esta sumision y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora.—¡Toma que mi agüelo! respondió la aldeana; ¡amiguita soy yo de oir resquebrajos! Apártense, y déjenmos ir, y agradecérselo hemos." Apartóse Sancho, y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que habia hecho la figura de Dulcinea, cuando, picando á su cananea con un agujon que en un palo traia, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del agujon, que le fatigaba mas de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por Don Quijote, acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y queriendo Don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos, sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque, haciéndose algun tanto atrás, tomó una corridica, y, puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo, mas ligero que un halcon, sobre la albarda, y quedó á horcajadas, como

si fuera hombre, y entonces dijo Sancho: "¡Vive Roque! que es la señora nuestra ama mas ligera que un alcotan, y que puede enseñar á subir á la gineta al mas diestro cordobés ó mejicano: el arzon trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento:" y así era la verdad, porque, en viéndose á caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de mas de media legua. Siguiólas Don Quijote con la vista; y, cuando vió que no parecian, volviéndose á Sancho, le dijo: "Sancho, ¿qué te parece, cuán mal quisto soy de encantadores? Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér á mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna: y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y trasformado á mi Dulcinea, sino que la trasformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores; porque te hago saber, Sancho, que, cuando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea (segun tú dices, que á mí me pareció borrica), me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrino y atosigó el alma.—¡Oh canalla! gritó á esta sazón Sancho; ¡oh encantadores aciagos y mal intencionados, y quién os viera á todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha! Mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mas haceis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente, todas sus faciones, de buenas en malas, sin que le tocádes en el olor; que, por él siquiera, sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza; aunque, para decir verdad, nunca yo ví su fealdad, sino su hermosura, á la cual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho, á manera de bigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de mas de un palmo.—Á ese lunar, dijo Don Quijote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos, para lunares, son pelos de la grandeza que has significado.—Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos.—Yo lo creo, amigo, replicó Don Quijote; porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho: aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa ó sillón?—No era, respondió Sancho, sino silla á la gineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino, segun es de rica.—¡Y que no viese yo

todo eso, Sancho! dijo Don Quijote: ahora torno á decir, y diré mil veces, que soy el mas desdichado de los hombres." Harto tenia que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, despues de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero, antes que allá llegasen, les sucedieron cosas que, por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante.